

LA PUERTA AZUL.

Nací y crecí en plena dictadura; de niña no tenía mucha idea de lo que significaba esa palabra. Sí recuerdo los golpeteos incesantes de los tachos por las noches, a mi tío conversar en jeringoso con mi madre en la cocina y las salidas de mi padre a la madrugada para no volver por meses. Ya un poco mayor, pude entender, sin necesidad de explicaciones, lo que no se decía.

Vivíamos a dos cuadras del arroyo San Francisco. Lo que a la casa le daba un toque original era la puerta de calle; tenía una ventanita de vidrio dividida en dos, y a la parte de abajo le faltaba uno, así que permitía sacar la cabeza para ver quién llamaba sin problema alguno, hecho crucial para mí porque era muy solicitada en el barrio. La puerta era de un azul cielo, que se diferenciaba del resto de las de la cuadra. Se veía a lo lejos, cuanto más de cerca.

Mi abuela trabajaba en el comedor del municipio; allí almorzábamos casi todos los días. Después, con los años, supe que gracias a ello teníamos “el pan de cada día”. Cuando se hacía postre de chocolate, me trasladaba al paraíso; su sabor me salvaguardó de las penas y ausencias, envolvía mi estómago y mi alma como un abrigo en mitad del invierno.

Entre tantas “cuitas” de mi infancia, hubo una que, así como el postre, tuvo poder sanador; esta me volvió los ojos más curtidos, pero, sin duda, más abiertos.

Unos días antes de Navidad, tendría seis o siete años; mis compinches del barrio me preguntaron si había escrito a Papá Noel. Sin pensar en la respuesta, y para no quedar mal o como un bicho raro, solo asentí con la cabeza. Salí disparada a mi casa, con la convicción de poner en práctica mi cometido, pidiendo una cadenita con un dije o una pulsera. Finalmente, dejé la carta en el arbolito bien evidente, no fuera cosa que se perdiera.

Años anteriores, entiendo que me daba igual, pero ese año tenía tal empeñamiento que, llegada la hora doce, después de haber llorado y pellizcado a mi madre de manera insoportable, aún no había nada, ni en el árbol, ni en mis manos.

En el cielo estallaban los fuegos artificiales, la gente de la cuadra había salido a la calle y nosotros hicimos lo mismo. Mi abuela conversaba con una vecina del precio de oro del cordero, mientras me miraba de reojo porque yo insistía hasta el aburrimiento y no permitía “hablar a los mayores”. “¡Hacé callar a esa muchacha!”, le dijo a mi madre. En vano resultaron los retos o cualquier otra cosa parecida que me persuadiera de mi misión navideña.

Hoy, a más de cuatro décadas, retengo intocable la sensación de angustia y la respuesta complaciente de mi madre: “El año que viene será otro el cantar, esperá y vas a ver”; no entendía por qué al año siguiente y no ese. “Todo a su tiempo”, me decía la abuela, y sus palabras siempre resonaron tan sabias. Pasó el verano, volví a la escuela y cambié una misión por otra. Ya en los

últimos meses del año, una mañana salí a jugar al campito de la esquina; era nuestro refugio, un búnker combativo y belicoso contra retos de padres, madres o abuelos. Juntábamos bichitos de luz en bollones, libres y en chancletas; lo sabíamos de memoria. En el juego me tocaba ser de policía, cuando escuchamos unos bocinazos y el chirrido de un auto que paraba frente a casa. Al tiempo, mi madre, asomando la cabeza por la ventanita a la que le faltaba el vidrio, me gritó: “¡Vení, cruzá con cuidado, llegó adelantado!”. Mis piernas no iban a la velocidad que quería; corrían, pero no alcanzaban nunca la vereda. Mi madre, inmóvil en la puerta, le hablaba a alguien que se bajaba del auto. Era una sombra flaca, que vestía pantalones gastados y una enorme camiseta; giró la cabeza y miraba confuso mientras que yo, jadeando, casi sin aliento, cruzaba la calle. Al fin la espera había terminado.

MNCV.